

el designio de arruinar, ni de abatir é Francia, en primer lugar por miedo, pues Napoleon seguia espantándola siempre, y en segundo por decoro, pues el matrimonio estaba demasiado reciente para que no se tomara en cuenta. Pero anhelaba aprovecharse de la coyuntura para rehacer la situacion de Alemania y la de Austria, lo cual era muy natural y muy legitimo sin duda. Por necesidad habia que reconocerlo y que resignarse, aun cuando no fuera nada grato, pues á esto se habia dado lugar con faltas enormes, y realmente el amor propio de Napoleon salia mas comprometido en el fondo que en el interés positivo de Francia; ya resignados, habia que comunicarse con la córte de Viena para entenderse, dejarla obrar de seguida, interin se ganaran todavia algunas grandes batallas, que en sus manos serian un medio de hacer á los coaligados razonables, y en las nuestras un medio de pagarla sus servicios, algo mas baratos.

Sino se queria obrar á tenor de las circunstancias lo cual fuera muy triste desvario despues de la expedicion de Rusia, aun habia otra conducta á que atenerse, afectando buenas relaciones con Austria y hasta escuchando con deferencia aparente sus consejos, y manteniéndose al par á distancia de ella, no tratando de emplearla, no reclamándola servicios diplomáticos ni militares de ninguna especie, pues cuanto se le pidiera bajo el aspecto diplomático la autorizaria á mezclarse en las condiciones de la paz, lo cual equivaldria á ponerla en camino de dictarlas, y cuanto se le pidiera bajo el aspecto militar, la autorizaria á armarse, lo cual equivaldria á ponerla en camino de hacernos la guerra.

Se necesitaba, pues, dirigirse en derechura y sin demora á Rusia, si cabia en lo posible; ó de no, dirigirse franca y cordialmente al Austria en la inteligencia de pagarla sus servicios; ó finalmente, sino se tenia esta cordura, emplearla lo menos posible, y no agrandar nosotros su importancia y sus fuerzas que antes de mucho se habian de emplear en nuestra contra. Cualesquiera otras miras carecian á la sazón de fundamento.

Estas diversas cuestiones sobre la paz, sobre el modo de entablar las negociaciones, sobre la extension de los armamentos, eran las que Napoleon queria tratar en un consejo especial, reunido á principios de enero en las Tullerías, y compuesto de personas de competencia suma. En un país, donde los ministros fueran responsables, esto es, autores de la direccion de los negocios, solo debiera admitir allí á ellos; en un país, donde él era único autor de todas las determinaciones, eligió entre los hombres, que estaban cerca de su persona, los mas experimentados en las materias que iban á ser ventiladas. De este consejo deseaba sacar algunas luces, si podia, pero sobre todo anhelaba acreditar sus disposiciones políticas y obtener en torno suyo una completa armonia de voluntades y de lenguaje, luego que se adoptase un sistema.

Los personajes llamados, y designados en su mayoría por Mr. de Basano, fueron, además de éste, el archicanciller Cambacéres, el principe de Talleyrand, Mr. de Caulaincourt, el duque de Cadore (Mr. de Champagny) antiguo embajador y antiguo ministro de Negocios Extranjeros, y finalmente, los dos oficiales mayores de esta secre-



laría. Mrs. de la Bernardière y de Hauterive. De seguro fuera difícil reunir mas sabiduría, ni mas verdadero deseo de salvar á Napoleon y al Estado.

Tranquilo y grave expuso Napoleon la situacion en breves palabras, ordenó la lectura de los decretos que se debian presentar al Senado, y luego puntualizó del modo que sigue la cuestion que apetecía ver profundizaba.—Deseo la paz, aunque no temo la guerra. A pesar de las pérdidas causadas por el rigor del clima, todavía nos quedan grandes recursos. Dentro impera el reposo. La nacion no quiere renunciar á su gloria ni á su poderío. Fuera dan las mas firmes seguridades de su fidelidad el Austria, Prusia y Dinamarca. Austria no piensa en romper una alianza, de la cual espera grandes ventajas. El rey de Prusia ofrecereforzar su contingente, y acaba de someter á un consejo de guerra al general de York, Rusia necesita la paz. Aunque trabajada por las intrigas de Inglaterra, no juzgo que se proponga porfiar en una lucha, que acabará por serle funesta.

»He providenciado un alistamiento de trescientos cincuenta mil hombres (sumando, segun hemos dicho, quinientos mil en la conscripcion de 1813); redactado está el proyecto de senatus-consulta, y os va á ser presentado. Otro decreto está dispuesto para la convocatoria del Cuerpo legislativo, al que no habrá que pedir nuevas contribuciones, si bien su presencia puede ser provechosa en las actuales circunstancias, y al cual pudiera ocurrir proponer algunas providencias legislativas.

»Tras de regular asi el desarrollo de nuestras

fuerzas, ¿conviene aguardar proposiciones de paz ó presentarlas? ¿Si tomamos la iniciativa, conviene tratar directamente con Rusia, ó es preferible dirigirse á Austria y pedirle su intervencion? Tales son las cuestiones sobre las cuales aguardo y solicito vuestras luces.»

Despues de esta exposicion lacónica y firme, cada cual habló á tenor de su dictámen propio.

Como hombre convencido y buen ciudadano, sostuvo Mr. de Caulaincourt la necesidad de la paz y la conveniencia de tratar directamente con Rusia. Esta opinion fundóla sobre consideraciones que debian tener gran peso en su boca, habiendo vivido tantos años y con tanto honor en San Petersburgo. A impulsos de su habitual instinto de prudencia, inclinándose el juicioso Cambacéres á tratar de seguida con el mas fuerte, con aquel de quien dependia todo, es decir, con el emperador de Rusia, y á amistarse lo mejor que fuera posible, desconfiando especialmente del Austria, que no ofrecia sus buenos oficios mas que para tasarlos en muy alto precio, opinó lo propio que Mr. de Caulaincourt, y apoyó vigorosamente su propuesta. Mr. de Talleyrand, en algunas palabras breves y sentenciosas, expuso el dictámen de dirigirse inmediatamente á Rusia, para obtener la paz sin largos rodeos, y en su concepto no mas cara que pasando por las manos de Austria.

Tras de estos señores mantuvo Mr. de Basano á la larga el parecer contrario, y apoyándose en cuanto recogia cotidianamente, habló con mucho fundamento de la dificultad de abocarse con Rusia, cerca de la cual estaban cerradas todas las avenidas, al par que de la facilidad de pasar por Aus-



tria, donde se habian abierto espontáneamente los caminos todos. Mezclando á una opinion verdadera las ilusiones de un espíritu crédulo, manifestó la mas entera confianza en el desinterés de la córte de Viena, en su adhesion á la alianza, finalmente en el amor del suegro al yerno, y afirmó que todo seria obvio por este lado, sin indicar á qué precio se obtendrian los servicios de Austria, cosa que debiera complementar su dictámen y de hacerle perfectamente juicioso.

Modesto y sensato Mr. de Champagny, viendo grandes dificultades en tratar con Rusia, y grandes facilidades en tratar con Austria, predispuerto á la confianza respecto de esta última córte, cerca de la cual habia residido, resignado á pagarla sus servicios al precio que los tasara, opinó lo mismo que Mr. de Basano. Mr. de Hauterive, teniendo que pensar en determinado sentido, y Mr. de la Bernadiere, espíritu fino y cáustico, sometido por interés á Mr. de Basano, bien que se burlara de su política muy á gusto, se adhirieron al parecer del ministro, gefe de su departamento. De consiguiente se declararon cuatro votos contra tres en favor de la intervencion austriaca.

Para que tal consejo fuera provechoso, aceptando la mediacion de Austria como única admisible, se debiera ir mas lejos, osar discutir bajo qué condiciones se obtendrian los buenos oficios de esta córte, exponer con franqueza estas condiciones, hacer que fueran aceptadas, pues eran muy aceptables, segun se verá muy pronto, ó si no se queria esto, demostrar que entonces habia que conducirse con suficiente arte para eludir la intervencion de Austria en vez de requerirla, para reducir su pa-

pel en vez de agrandarlo, para retardar especialmente sus determinaciones, y tener asi tiempo de vencer á los coaligados antes que ella se pusiera de su parte.

Pero Napoleon no pedia que se avanzara tanto, y obcecado por sus deseos, echó de ver la falta en que iba á incurrir ya muy tarde. Claro veia sin duda al juzgar que por de pronto no habia mas que un arbitrio para entablar las negociaciones, y era el de valerse de la córte de Viena. Pero no le agradaba fijar la consideracion en lo que habia de costarle, se lisonjeaba de influir por conducto de la emperatriz sobre el ánimo de su suegro, de obtener de este modo servicios militares al par que diplomáticos del Austria, y se persuadia de que, dándole la Iliria prometida tiempos antes en compensacion de la Galitzia, y dándosela ahora de balde, se tendria por bastantemente galardonada. Error funesto era este y que debia ser casi tan fatal como la expedicion de Rusia. A mayor abundamiento, deseando por satisfacer al espíritu público que se negociara ostensiblemente, decoroso y cómodo hallaba dejar que negociase su suegro sin aparentar que intervenia por sí propio.

Al modo que lo acostumbraba en sus consejos políticos raros y solemnes, donde nunca emitia su dictámen, al par que los expresaba viva é imperiosamente en sus consejos administrativos, dió gracias sin explicarse á los miembros de esta junta, bien que inclinándose, segun las apariencias, á la opinion que obtuvo mayoría, á la de tratar de paz por conducto de Austria, operar al mismo tiempo un gran despliegue de fuerzas, presentar al Senado el *senatus-consulto* proyectado para el



alistamiento de los trescientos cincuenta mil hombres, y retardar algunas semanas la convocatoria del Cuerpo legislativo, que á la sazón podria reflejar la agitación del espíritu público con vivacidad demasiada.

Efectivamente, siguióse esta conducta sin demora, si bien con las faltas que el carácter de Napoleón debía introducir en ella, y que no era idóneo para atenuar el carácter de Mr. de Basano. Después de escuchar mucho Napoleón á Mr. de Bubna, á quien por lo demás halagó diestramente y atrajo del todo á sus intereses, escribió á su suegro en un lenguaje, que, aun siendo afectuoso y de amigo, no era adecuado á ganarle ni por la sustancia, ni por la forma. Refirióle su campaña de 1812, que, según su aserto, se habia desfigurado mucho en Viena con relaciones malignas; quejóse de que tanto se hubiera dado oídos á estas relaciones en la corte de su suegro; añadió, y así era la verdad, que ni una sola vez le habian vencido los rusos; que donde quiera salieron batidos, y que sobre todo, quedaron anonadados junto al Berezina; que nunca le temaron prisioneros ni cañones sobre el campo de batalla, lo cual era verdad de igual modo, sino que, habiendo muerto de frío los caballos, se les hubo de abandonar mucho material de artillería; que, desmontada la caballería, no pudo proteger á nuestros soldados que se alejaban en busca de comestibles, y así perdió hombres y bocas de fuego; y que por consiguiente el frío era la sola causa de lo que se debía llamar un error de cálculo y no un desastre. Seguidamente Napoleón hacia inmensa ostentación de sus armamentos, amenazando no solo á sus enemigos, sino á los

aliados que trataran de abandonarle, lo cual aludia directamente á Prusia é indirectamente á Austria, bien que luego acababa por decir que, á pesar de la certidumbre de arrojar para la primavera á los rusos sobre el Vístula y del Vístula sobre el Niemen, deseaba la paz y la hubiera ofrecido si terminara esta campaña sobre el territorio de los contrarios; pero que en el estado actual de las cosas no le parecia propio de su decoro ofrecerla, por lo cual aceptaba la mediación de Austria, y consentia en el envío de plenipotenciarios austriacos cerca de las cortes beligerantes. Añadia que, sin determinar á la sazón las condiciones de esta paz, desde luego podia indicar ciertas bases resuelto como estaba á no permitir que se asentaran otras. Jamás consentiria en desmembrar del Imperio lo que se habia declarado territorio constitucional por senatus-consultos. De esta suerte Roma, el Piamonte, Toscana, Holanda, los departamentos anseáticos eran cosas inviolables é inseparables del Imperio. ¡De esta suerte, sucediera lo que sucediera, Roma y Hamburgo debian tener prefectos franceses! Napoleón no se explicaba en punto al ducado de Varsovia, no decia lo que deseaba hacer de aquel territorio, y por tanto no excluia la idea de conceder algun engrandecimiento á Prusia, cosa esencial para los que ponian el empeño en la reconstitución de Alemania; pero declaraba que no consentiria en ningun ensanche territorial á favor de Rusia, y no le concederia mas que relevarla de las obligaciones del tratado del Tilsit, esto es, de los lazos del bloqueo continental. Respecto de Inglaterra, con la cual no solo era apetecible, sino indispensable entrar en tra-



tos, pues Rusia no se podia separar de ella, se ajustaba Napoleon á la carta escrita á lord Castle-reagh en el momento de partir para Rusia, y en la cual habia establecido como principio fundamental el *uti possidetis*. Segun este principio, España debia pertenecer á José, que la poseia entonces, y el Portugal, que no poseia, á la casa de Braganza. Nápoles, que habia conquistado, á Murat. Sicilia, que jamás habia ocupado, á los Borbones de Nápoles; resultado deplorable de cierto, pues alcanzando territorios sobre el continente, de los cuales no teniamos necesidad alguna, allende el mar perdiamos nuestras colonias, caidas á la sazón en manos de Inglaterra. A la verdad era imposible discurrir nada mas imprudente que declaración semejante. Para mostrarse arrogantes respecto de Europa, á fin de que no abusase de nuestro abatimiento, habia que limitarse á serlo en el lenguaje y en el tono, sin enunciar condiciones que debian hacer impracticable todo trato, y que, arrebatando al Austria toda esperanza de atraernos á su plan de pacificación, la debian decidir en el fondo del corazón á abrazar su partido al punto, y por tanto á precipitar su cambio de alianza, lo cual se debia retardar el mas largo tiempo que fuera posible, aun previéndolo y resignándose á ello.

Positivamente lo esencial á la sazón fuera adivinar los deseos de Austria y satisfacerla hasta cierto punto, con lo cual nos la ganáramos del todo, ya que se aspiraba á atraerla á la liza en vez de apartarla de ella. Poco le importaba en el fondo que se hiciera hincapie respecto de España, de Holanda y hasta de Nápoles, si se lograba decidir

á Inglaterra á ceder sobre estos diversos puntos. Que no se concediera á Rusia ensanche alguno ni en Turquía, ni en Polonia, cosa era muy de su agrado, y por ello nunca se lanzara á las hostilidades. Pero lo que le interesaba mas que todo era emancipar á Alemania del yugo que hacíamos pesar sobre ella, yugo insoportable, cuando, además del notorio protectorado de la Confederación del Rhin, teníamos prefectos en Hamburgo y en Lubeck, un monarca francés en Cassel, y especialmente á Prusia casi reducida á la nada. De seguro Austria no experimentaba sensibilidad de corazón hácia Prusia; pero dejar á esta potencia tan debilitada como se hallaba ahora, equivalía en su concepto á renunciar á una de las fuerzas esenciales de la Confederación germánica. No queria volver á tomar la corona imperial, carga todavía mas pesada que gloriosa, pero anhelaba tornar á hallar su independencia en la independencia de Alemania, ejercer el mayor influjo sobre Alemania reconstituida, y en cuanto á lo que le concernia personalmente, recuperar la Iliria, obtener á la parte del Inn mejor frontera, verse en fin, libre del gran ducado de Varsovia, pues no creia en el restablecimiento de Polonia, y en todo caso no pensaba pagarlo con la Galitzia. Ninguno de estos deseos habia expresado hasta el presente, pero bastaba el mas leve conocimiento de la situación suya para preverlos, y se necesitaba haber perdido á fuerza de ambición el verdadero sentido de las cosas para quitarla hasta la esperanza sobre puntos tan importantes, y mas teniendo á su lado por competidores á Rusia y á Inglaterra, las cuales además de un cambio completo en Alemania, la



iban á ofrecer la restitucion de cuanto apeteciera en Italia, en Baviera, en Suabia, en el Tirol, de cuanto habia constituido en otro tiempo su poder y su gloria, de cuanto aun originaba, cuando pensaba en ello, sus sentimientos y sus dolores.

Si despues de la destruccion del grande ejército y con la mitad de nuestras fuerzas comprometida en España, se creia poder triunfar de la Europa entera, incluyendo el Austria, al menos, en interés de la próxima campaña, convenia dejar á esta potencia en la duda, y no darle un poderoso motivo de acelerar sus armamentos y de apresurar sus determinaciones en nuestra contra. De consiguiente la mas elemental de todas las políticas era entretener sus esperanzas, para no lanzarla demasiado pronto á los brazos de nuestros enemigos.

A la funesta carta que Napoleon acababa de escribir á su suegro, añadió Mr. de Basano otra para Mr. de Metternich, expresando tres ó cuatro veces mas á la larga y con mas orgullo lo que Napoleon significaba con el tono altanero que le era propio. Allí estaban expuestos con una exageracion casi ridícula los armamentos de Francia. A su decir de resultas de haber inspirado recientemente Prusia algunas desconfianzas, se armaban otros cien mil soldados y se preparaban otros cien millones. Si acababa por declararse en nuestra contra, ascenderian á doscientos mil los soldados y á doscientos los millones añadidos á nuestros recursos. Si se presentaba un nuevo enemigo, se agregarían otros doscientos mil soldados y otros doscientos millones, cuyo empleo no daba lugar á la incertidumbre, ya que, despues de Prusia, solo Austria podia provocar este nuevo despliegue de

fuerzas. Segun escribia el ministro de Negocios Extrangeros, para mantener lo que se denominaba el territorio constitucional del Imperio y la gloria de Napoleon, se llegaria hasta el punto de juntar un millon y doscientos mil soldados. Sobre los rumores de sublevacion de los ánimos en Francia manifestaba Mr. de Basano, que al revés habia que irse con tiento y no hostigar á una nacion tan pundonorosa como la Francia, pronta siempre á levantarse en masa contra los que miran de mal ojo su grandeza, y á lanzarse violentamente sobre Europa, si fuese necesario. Entonces se verian muy otras catástrofes que las presenciadas. Alguien existia aun por la generosidad y espíritu tolerante de Francia que dejaria de figurar en el mapa de Europa.—Al parecer Mr. de Metternich habia dado consejos, y segun se vé, se le devolvian de modo de quitarle la gana de darlos en lo futuro. Esta extraña diplomacia terminaba por testimonios personalmente lisonjeros para el ministro austriaco, bien que muy semejantes á la cortesía de un superior hácia un inferior. A mayor abundamiento Napoleon y su ministro decian que aceptaban la intervencion de Austria, pero bajo las condiciones enunciadas, esto es, las condiciones arrancadas á Rusia despues de Friedland, al Austria despues de Wagram, y se trataba despues de Moscou por desdicha. Para halagar á Austria se habia ideado un medio tan singular como todo lo demás, y consistia en anunciarle con aparato, como noticias de familia propias á interesarla, la próxima coronacion del rey de Roma, nieto del emperador Francisco, y el advenimiento de su hija Maria Luisa á la regencia de Francia, dos proyec-



tos que ocupaban á Napoleon y sobre los cuales habia platicado con el príncipe Cambacéres. Sin duda estas noticias no carecian absolutamente de interés para el emperador Francisco, y eran adecuadas á producirle algun agrado, porque amaba á su hija, y no podia ser insensible á la ventaja de verla gobernar á Francia en ciertos casos. Pero creer que semejante satisfaccion le haria olvidar el estado de Alemania y de Austria, y veinte años de infortunios, que estaba en su mano reparar en un solo instante, equivalia á formarse muy singular idea de Europa y del modo de salir del peligrosísimo paso en que tan temerariamente se habia metido.

Tambien tenia que explicarse Napoleon con Prusia, y que responder á las excusas que le enviaba por la defeccion del general de York, á las pretensiones que insinuaba de establecerse en Silesia, de crear allí un ejército con nuestro dinero, y de aprovecharse de aquel asilo para transformarse poco á poco, á semejanza de Austria, de aliada en mediadora y de mediadora en enemiga.

Aun cuando Mr. de Saint-Marsan no desesperase al parecer de la corte de Prusia, á tal de que se la otorgaran oportunamente concesiones, evidente era que de ella habia que esperar muy poco, dominada como estaba por pasiones nacionales irresistibles, y que respecto de ella no habia que contenerse mucho, sin que resultase para la situacion un grande perjuicio. Y á la verdad, consentir en armamentos que se habian de volver contra nosotros, darla un dinero quizá debido, pero que iba á servir para pagar sus próximas hostilidades, dinero que no se poseia tampoco, fuerza es reconocer que fuera la mayor de las insensate-

ces. Y consentir en que se retirara á Silesia para tratar allí con Rusia, equivalia á entregarla nosotros á esta potencia, hácia la cual ya estaba impelida de sobra. No eran, pues, muy de temer las faltas respecto de la corte de Berlin, pues con ella se resentia el mal de irremediable. Napoleon recibió á Mr. de Krusemark, representante ordinario de Prusia, y á Mr. de Hatzfeld, enviado para esta circunstancia, les trató bien sin abandonar lo mas mínimo su habitual altanería, les expuso á su manera su última campaña, cuidado suyo cotidiano cerca de todos aquellos á quienes veía, luego se extendió sobre sus vastos armamentos, sobre el desquite que iba á tomar sin demora, y afirmoles que antes de tres meses serian rechazados, no solo mas allá del Vistula, sino tambien del Niemen y del Dnieper los rusos. Tocante al proyecto de retirarse la corte de Prusia á Silesia, declaró que no opondria obstáculo alguno, pareciéndole muy natural, según decia, que no la agradara vivir en medio de los ejércitos beligerantes, pero no admitia que entrara en negociaciones directas con Rusia para alcanzar la neutralizacion de Silesia, y veía un acto positivo de defeccion en esto, pues la primera condicion exigida por Rusia seria el abandono de la alianza de Francia. Relativamente á las demandas que se hacian de dinero, convino Napoleon en que, por el último tratado de alianza, estaba obligado á contar y á pagar al punto los suministros hechos á sus tropas; si bien puso de manifiesto que al primer exámen le parecian no solo inferiores á los noventa y cuatro millones reclamados por la administracion de Prusia, sino tambien á los cuarenta y ocho millones debidos á



Francia; que sin embargo, con antelacion á todo exámen, consentia en restituir á Prusia los cuarenta y ocho millones de sus empeños; pero que se debia comprender que antes de dar dinero á una potencia colocada tan cerca de sus enemigos, se necesitaba saber el uso á que pensaba dedicar lo que recibiera. Tocante á las plazas del Vístula y del Oder encerró á los dos diplomáticos prusianos en un dilema de difícil salida; pues expresaba que si Prusia era su sincera aliada, no la debia pesar ver estas plazas en sus manos, que, si no lo era, no debia restituírselas á ningun precio, y que además, en visperas de emprenderse á las márgenes del Vístula y del Oder una guerra muy activa no parecia hora oportuna de desprenderse de los puntos que dominaban á entrambos rios. Elevándose de seguida á consideraciones mas generales sobre la situacion de Prusia, dijo Napoleon que sucesos anteriores, independientes de su albedrio, le desviaron de hacer por la casa de Brandeburgo lo que deseara; que lo sentia ahora, si bien todavía era tiempo de efectuar lo no efectuado, y que, no siendo ya verosímil la reconstitucion de Polonia, en la misma Alemania convenia procurar la creacion de una potencia intermedia, capaz de resistir á Rusia, y que esta potencia no podia ser otra que Prusia; que así lo pensaba y se hallaba pronto á cooperar á la consumacion de tal pensamiento; que, si se proponia una paz razonable, se prestaria á reforzar á Prusia por el lado de Polonia y aun por el de Westfalia, si, en vez de ser la pacificacion simplemente continental, era marítima al propio tiempo. A estas insinuaciones añadió Napoleon testimonios de estimacion hácia el mo-

narca, miramientos halagüenos y dignos hácia sus representantes, bien que nada plenamente satisfactorio acerca de lo sustancial de las cosas.

En cualquier otro tiempo estas semi-aberturas sobre la suerte venidera que cabia en lo posible deparar á Prusia, fueran de consuelo muy grande para el rey Federico Guillermo; pero ahora, bajo el predominio de una opinion publica impetuosa, contra el influjo de las promesas magnificas que la hacian llegar Rusia é Inglaterra, tan vagas esperanzas constituian muy flojos lazos para ligarla á nosotros, sobre todo al negarla el dinero y las plazas del Vístula y del Oder, cosas ambas en que tenia esencial empeño. Al modo que prudente en puntos de política, era económico en materias de hacienda el monarca. A la sazón queria armarse, para estar al nivel de las circunstancias, y deseaba que estos armamentos no le costasen cosa alguna. Además pugnaba por ser amo de su casa, y no creia serlo mientras los franceses ocuparan á la vez á Spandau, Glogau, Custrin, Stettin, Thorn y Danzick. Por tanto estas dos negativas debian afectarle sensiblemente, y precipitar el movimiento ya harto rápido que le empujaba hácia nuestros enemigos.

Mientras Napoleon se explicaba de esta suerte con las potencias alemanas reputadas por aliadas, nada omitia para colocarse en aptitud de prescindir de ellas. Al Senado habia remitido los decretos mencionados, y que á la conscripcion de 1813, ya decretada é ingresada en las filas, añadian la disponibilidad de las cohortes, el alistamiento de cien mil hombres de las cuatro últimas clases, y finalmente, el sorteo inmediato de la conscripcion de



1814. Imposible era no admitir estas disposiciones. Votadas fueron sumisamente por el Senado: con ardor las votara tambien una asamblea libre, y con manifestaciones de sentimientos que ejercieran sobre el espíritu del país el mas venturoso influjo. Para nadie podia ofrecer duda que el gobierno habia errado y comprometido locamente una grandeza comprada à costa de tanta sangre. Pero tampoco ninguna persona de luces y de patriotismo podia cuestionar en punto à que habiendo sido atraido el enemigo sobre Francia, se necesitaba hacerle frente, y rechazarle, sin perjuicio de entrar de seguida en tratos y aun à costa de grandes concesiones, à las cuales se podia prestar Francia sin debilitarse. Convenia que estas concesiones se otorgaran despues de victorias, que restituyesen à nuestros ejércitos, no su gloria, ya imperecedera, sino el timbre de invictos recientemente perdido. Así la opinion de los hombres ilustrados era hacer el último esfuerzo y alcanzar la paz sin demora. Pero la suerte de los hombres ilustrados es que les oigan raras veces, ora los principes, ora los pueblos. Sumisa poco antes la masa de la nacion à Napoleon y sumisa de sobra, se hallaba ahora dispuesta à la censura, à la murmuracion, y à la mala acogida en suma de las nuevas cargas de que se veia amenazada. Los padres de aquellos hijos que iban à convertirse en héroes sobre el campo de batalla, se lamentaban amargamente, y clamaban en los sitios públicos à voz en grito contra las conscripciones repetidas, contra las guerras incesantes, y contra las conquistas de tal modo lejanas, que apenas podian interesar al patriotismo. Cuanto mas se descendia en las clases inferiores, mas pro-

nunciado se encontraba este sentimiento, pues ellas padecian mas de resultas, y siendo su inteligencia mas limitada, no comprendian tanto la necesidad de un último é inmenso esfuerzo. En las calles de París vino à ser la osadía extremada y verdaderamente pasmosa bajo sistema semejante. Colocándose un jóven de veinte y dos años, el cual acababa de caer soldado, detrás de Napoleon, que iba à visitar el arrabal de San Antonio, dirigióle el lenguaje mas ofensivo, a pesar del prestigio que rodeaba siempre su persona, y queriéndole prender la policia, se lo impidió la muchedumbre. Por el pueblo fueron libertados muchas veces jóvenes cogidos por la policia y que gritaban que eran conscriptos llevados à la fuerza, aunque à menudo no fuesen mas que simples malhechores. Uno de ellos obtuvo este favor de las mugeres del mercado, que desarmaron por sí solas à los agentes de la fuerza pública, poco numerosos aquel dia en el sitio donde pasaba la escena. Los soldados enfermos, que tenian que ir desde sus cuarteles al hospital militar situado en una de las extremidades de París, necesitaban cruzar toda la ciudad para dirigirse à aquel punto; y en mas de una ocasion vióse à las mugeres del pueblo rodearlos, compadecerse de ellos, prodigarles cuidados, y gritar que aquellas eran nuevas victimas de *Bonaparte*, pues así se le llamaba en son de descontento (1). De este modo se le volvía de emperador à general, y se le quitaba un cetro de que hacia tan cruel uso.

(1) No trazo cuadros de capricho, solo refero lo que he leído en los boletines de la policia imperial dirigidos à Napoleon.